

De la decadencia del arte de escribir

Por el P. RAIMUNDO MORALES, Franciscano

EN SU RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA CHILENA

EL 14 DE JUNIO DE 1924

Tomado del *Boletín de la Academia Chilena*, correspondiente
de la *Academia Española*.

(Continuación)

No nos salga nadie con la cantinela de que el castellano no tiene palabras técnicas. Verdad que los españoles fueron siempre más especulativos que prácticos y que no tienen suficiente cantidad de nombres propios de artes, oficios e industrias. Pero, ¿quién los tiene? ¿Los tienen por acaso los franceses? No tal. «Ese lenguaje de las artes—escribe Cejador—, de la industria, de la ciencia, tan vascongado es como francés o castellano. Es griego científico, o, digamos mejor, griego artificial, a veces muy mal fraguado por manos inexpertas.... Ese lenguaje es del mundo de la civilización. Cada pueblo lo modifica algún tanto al pasar por sus labios, y algo ménos al escribirlo; pero ninguno puede alabarse de ser suyo propio, ni aun los mismos griegos, cuyo idioma difiere de aquel antiguo del cual se ha formado» (1).

La tercera causa de la ignorancia del idioma es la opinión, muy arraigada en Chile, de que el escritor no debe usar ninguna palabra que no entienda el vulgo, el profano vulgo que dice Horacio; que debe evitar toda voz o expresión que ofrezca dificultad. Nada más falso

(1) *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, I, 49.

y pernicioso. Primeramente, el escritor no escribe sólo para el vulgo, sino para todo el mundo; así, por lo menos, se lo figura todo escritor, y así puede suceder, ya que, si todo el mundo quiere leer sus obras, nadie puede impedirselo. En segundo lugar, ¿para qué serviría el Diccionario? Absolutamente para nada. Si yo nunca tropiezo con una dificultad, nunca tampoco necesitare consultar el Diccionario, nunca tampoco me instruiré, aprendiendo voces o expresiones nuevas. Mejor sería encerrar el idioma bajo siete llaves. En tercer lugar, los mismos escritores ¿cómo aprenderían el idioma? ¿Cómo si no leyendo libros ricos en voces y expresiones? ¿Y cómo los leerían si todos los libros no nos diesen otro idioma que el del vulgo? ¡Curioso! Los mismos que sustentan tan extraña teoría son los primeros que llenan y constelan sus escritos de términos y frases de idiomas extranjeros. Y estos términos y frases, digo yo, ¿los entiende el vulgo? ¿No entiende mejor el vulgo a la última moda que a la dernière, fragancia que bouquet, sello o marca que cachet, payaso que clown, goloso o gastrónomo que gourmet?

Es raro que tengamos miedo al idioma propio y no lo tengamos al ajeno. Aquí son muchos los que, a la vista de una palabra, locución o régimen un poco desconocido del vulgo ignorante, ponen el grito en el cielo y casi se ciscan de miedo. Por donde vienen a empobrecer el idioma, a cegarse a sí mismos una fuente de grandes goces estéticos y a fabricarse un estilo peinado, sin gracia, vigor ni soltura; estilo de perfección negativa, que al fin y a la postre cansa y se hace insufrible. Nada hay tal vez en él que ofenda la vista con gazafatones gramaticales o literarios; mas, tampoco hay nada, no digamos que asombre, pero ni que admire o llame medianamente la atención. Es harto raro que en unos tiempos como los nuestros en que la libertad es tan grande que frisa en licencia, en el orden literario se nos

quiera coartar, se nos quiera cerrar a piedra y lodo las puertas de la rica y venerable antigüedad; es extraño que en estos tiempos en que la riqueza material abunda y anda boba por esos mundos, sólo en el orden literario quieran algunos que profesemos pobreza, y pobreza que raye en miseria. Nó: yo de mí sé deciros que en muchas partes de la Regla de mi Padre San Francisco he hallado prescrita la pobreza de los bienes materiales, pero en ninguna la pobreza o miseria literaria. Antes al contrario, el más grande potentado de la lengua castellana es de la Orden a que me glorío de pertenecer: Fr. Juan de Pineda, autor de los *Diálogos de la Agricultura Cristiana* y de la *Monarquía Eclesiástica*.

Por eso, yo tengo sobre el particular un criterio amplísimo, y, aplicadas al lenguaje, hago más las palabras con que Valera defiende y justifica la mucha ciencia que Menéndez y Pelayo derrama en sus poesías, que no son más que «la flor de su inmensa erudición estética», como dice el académico don Juan Agustín Barriga. Escribe Valera: «Sobre lo de poco inteligible y atiborrado de doctrina, la contestación es breve. Si por semejante falta o sobra hemos de condenar a Menéndez y Pelayo, condenémosle, que no irá en mala compañía a cumplir la condena. Con él irán Dante y Goethe, que saben cuanto había que saber en la edad en que vivieron, sin que lo guarden o escatimen al escribir versos, sino vertiéndolo en ellos con profusión, a fin de que cada lector alcance y entienda hasta donde lleguen sus entendederas y alcances. Además que el Quijote nos convida con la linda contestación que dio el cura a maese Nicolás el barbero, cuando éste dijo que no entendía cierto libro: «Ni aun fuera, bien que vos le entenderades». Lo cual, entre las varias interpretaciones que puede recibir significa que el que escribe no ha de estar obligado a ser rudo y vulgar, receloso siempre, y a menudo sin

fundamento, de que es más rudo y más vulgar que él quien ha de leerle» (1).

La cuarta causa de la ignorancia del idioma son (¡quién lo creyera!) los mismos defensores del idioma. De éstos, unos por falta de lectura de clásicos, otros por criterio lingüístico errado, han hecho un poco odioso y más difícil de lo que es el estudio del idioma, cerrándose a la banda y no queriendo admitir mil voces y expresiones que todo el mundo emplea, o condenando otras mil que a ellos les parece que no son castizas, pero que sí lo son, y mucho. Si hiciéramos un rol de todas las palabras y locuciones que nos tienen sin razón entredichas, a fe que tendríamos para contar.

Así han venido a dar en el purismo y a poner no leves obstáculos al estudio del castellano. «Casi a un mismo tiempo con Baralt—escribe el señor Barriga—se ha levantado en España y aquí en América una legión de gramáticos, eruditos y filólogos de toda especie que, faltos del ingenio necesario para acreditar con sus propias concepciones la eficacia de sus doctrinas, han ido a buscar en el purismo un remedio a la corrupción de nuestra hermosa lengua» (2). Cábeles, pues, a los dichos defensores o puristas su parte de culpa en las injustas quejas de los modernistas, que piensan y pro-palan que el idioma castellano es pobre y que a la hora de ésta «no caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres», como dijo Unamuno.

El principal culpable es Baralt. Mucho bien hizo, sin duda, el *Diccionario de galicismos* de Baralt, publicado en 1855, esto es, en un tiempo en que, al decir de Menéndez y Pelayo, una nube de barbarismos deshonoraba y envilecía la espléndida lengua española, que es-

(1) *Introducción a las Odas, Epístolas y Tragedias* de Menéndez y Pelayo, pág. XII.

(2) *Discursos literarios*, 17.

taba, según lo atestigua el propio Baralt en su discurso de recepción en la Academia Española de 1853, «abierta como plaza desmantelada a las invasiones de fuera, y turbia con la mezcla de giros y palabras extrañas».

Pero, junto con esto ha producido también no pequeño daño, no sólo en cuanto, como dice el citado crítico español, muchos pedantes, que lo toman como una especie de Alcorán, aplican a tontas y a locas sus sentencias, sino en cuanto su autor hizo muchas, muchísimas afirmaciones, ya precipitadas, ya enteramente falsas; por donde, en són de defender el idioma ha venido ha combatirlo, indirectamente por lo menos; en vez de ensanchar sus dominios, a restringirlos. Obedecer todo lo mandado por Baralt sería volverse loco y hacer imposible el escribir aun al más versado en los secretos y riquezas del habla.

Faltó, pues, a Baralt el saber necesario para una obra de tanto aliento; faltóle mayormente la erudición, que es lo principal en estas materias y que sólo se consigue con una vasta y reposada lectura de clásicos. Así lo reconoce su propio compañero D. Adolfo de Castro en su *Libro de los galicismos*, p. 9. Esta falta hizo como Baralt acometiese una obra que tiene, por supuesto, muchas cosas buenas y aprovechables, pero que también tiene malas o falsas, y por desgracia en mayor número. Olvidó el lingüista venezolano una gran verdad: el idioma es un hecho, y al gramático o lingüista sólo toca estudiar e interpretar este hecho y no fabricárselo a su gusto y capricho. Y el hecho del idioma se estudia e interpreta con los mismos datos que él nos suministra: el idioma se explica con el propio idioma. De aquí la necesidad absoluta de la erudición; de aquí asimismo que, cuando el idioma dice una cosa, a nosotros no nos es lícito decir otra o la contraria: eso sería alterar, y aun negar, el hecho, y los hechos no se niegan, sino que se interpretan. Por desconocer esta verdad, muchos

hacen gramática *sui generis*, gramática de Pedro, Juan o Diego, pero no del idioma, porque no responde a los hechos del idioma. Es lo que sucede a Baralt: en su *Diccionario* hay un sinfín de cosas que son de Baralt, no del idioma. No podemos, por consiguiente, crearle sobre su palabra, una vez que en punto de idioma acaece también lo que Mariana dice de la Dialectica, a saber: que «no suele pasar partida sin que le muestren quitanza».

